

Afección ante la muerte a propósito de un tigre manso

En memoria a Genaro Vázquez Santana

Por José Bianco Regueira

¿Cómo es que nos afecta la muerte? ¿Basta acaso con el hecho de sentirse y saberse mortal para pensar semejante *afección*? Si así fuera, quedaría pendiente aún otra pregunta: ¿qué es una *afección*?, ¿qué decimos a ciencia cierta cuando algo nos afecta?

Pensar la *afección* de la muerte implicaría entonces dos tareas distintas: una consistiría en pensar la esencia de la *afección*, y la otra habría de estribar en pensar en la muerte misma. Y si bien la primera se me antoja difícil, la segunda en cambio, me parece imposible. Ya que eso de ser afectado por la muerte, sólo parece pensable, en principio, a condición de que la muerte sea la del Otro.

La muerte sólo puede afectar cuando es otro el que se muere, ya que si me hubiera tocado a mí mismo estaría ya, por principio, libre de toda *afección*. Cierto estoy de que he de morir, pero esta certidumbre en mí sólo puede durar mientras la muerte no me afecta en carne propia. Y de esta elemental circunstancia se colige con absoluta evidencia lo siguiente: a saber que yo sólo puedo ser afectado por la



muerte en la medida en que sea otro el que muera. Necesito asistir a la muerte de otro para saberme a mí mismo mortal.

Pero entonces, ¿cómo y cuándo me sería dado el pensar mi muerte? Tal vez jamás, y en ese sentido quizá tendría razón Epicuro y Lucrecio al advertirnos, de que nunca habrá tiempo para pensar la muerte del que muere, ya que pensar la muerte implicaría la experiencia consumada del morir, pensar la muerte exigiría estar ya muerto. Tarea entonces de los muertos sería el dar cuenta de ella: entonces, ¿no implica todo pensar una distancia respecto a la muerte consumada? Si aún vivo y pienso es a condición de no coincidir por entero con el cadáver que he de ser, es a condición de mantener la muerte a distancia, y por tanto de no poder todavía vivirla ni pensarla.

Repito entonces: para nosotros, aún vivos, la muerte sigue siendo la muerte de Otro. Y ese Otro presenta nombres intercambiables. El Otro es muchos otros, nunca el yo que registra la noticia de su muerte. Pero si la experiencia de la muerte es siempre la experiencia de un morir ajeno, no por ello deja de sacudirnos en lo más propio, ya que al yo de cualquier mortal, esta confrontación con la muerte del Otro basta y sobra para conmover los fragilísimos cimientos de su propia vida.

Genaro Vázquez ha muerto hace ya un año. De él no sé muy bien ahora cómo trazar su semblanza. Pero si he de decir algo es que siempre me sorprendió y me sedujo precisamente su otredad, esa otredad que afirmaba siempre de manera espontánea y aparentemente irreflexiva. Otro en Toluca, que su raíz guerrerense siempre fue tan profunda como indómita, otro en la academia misma, ya que sus efusiones discursivas le apartaban con frecuencia de las normas, Genaro fue siempre un ser desconcertante, fuera de concierto. Y sin embargo amaba el orden, profesaba una extrañísima fe en la razón.



En muchas ocasiones (¿por qué no decirlo?), sus disertaciones generaban desconcierto, pero aún entonces cualquier inteligencia sensible podía descubrir en ellas una gran voluntad de rigor. Simplemente era otro, y otro a pesar suyo. Nunca lo vi esforzarse en marcar su diferencia, como suelen hacerlo muchos petulantes; más bien trataba desesperadamente y por medio de una lucha hercúlea de identificarse con un orden que le resultaba ajeno, y en el cual, a la postre pudo ingresar con relativo éxito.

Desde el año de 1975, en el que por primera vez fue mi alumno, hasta el año en que murió, lo recuerdo como una complicada anomalía en el sistema, como una suerte de accidente indescifrable. Accidente que se llevó sus cifras a la tumba, para gracia o desgracia de los que alguna vez nos sentimos sus amigos.

Recuerdo que alguna vez, al concluir bajo mis auspicios su tesis de licenciatura, me confesó, aludiendo a ciertos rituales atávicos de los que era partícipe en su sierra de Guerrero: “mira Blanco yo soy un tigre manso”. Entonces entendí lo que ya había entendido: que bajo la aparente ferocidad de sus garras había unas uñas de terciopelo, manos de un tigre amigo.

Y si dije al principio que la muerte es siempre la muerte de Otro, creo que recordar ese pensamiento es el mejor, aunque parco homenaje, que puedo hacer ahora para aquel que mucho antes de morir era ya otro, marginado por la razón y las instituciones en cuyo seno, no obstante, no dejó nunca de querer afirmarse.

